

nunca al teatro, y la joven que puede añadir á esta preciosa confesión: *Yo no he leído una novela*, son almas muy bien templadas, con las que Dios puede contar y con las que hará algo grande.

Para resistir á las atracciones del teatro, para ir al cual nos solicitan nuestros conocidos y la inclinación que tenemos á gozar, y al cebo de leer una novela de moda, de la que todo el mundo habla, es necesario tener un vigor de carácter y una fuerza de voluntad nada comunes.

XXXVI

Una limosna para Jesucristo.

¿Me atreveré á añadir á esta súplica, que humildemente acabo de exponer, esa vulgar palabra que la urbanidad, sin duda, ha consagrado, pero que no hace el elogio del corazón, la palabra: «si usted gusta»?

1 Adviértase que en Francia es ése el modo de pedir limosna: "*Une aumône s'il vous plait*". Una limosna si usted gusta.,

No; yo no diré esta palabra porque se trata directamente de Vos, ¡oh Jesús!, y al corazón gusta siempre, siempre, daros limosna.

Acaso, mientras sigue siendo bueno este pobre corazón, ¿no la da con gusto, ya que sobre la tierra no tiene sino la limosna para consolarse, para curarse y aun para vivir?

Dar limosna es para el corazón lo que para la madre es dar su leche; moriría en medio de atroces dolores si no la diese.

Así, pues, ¡oh Jesús!, puesto que se me pide para Vos, quiero daros limosna.

-26-

¿Es acaso á ese mendigo, que mañana al salir de mi casa haréis que me salga al encuentro, á quién debo socorrer?

¿Es acaso á esa casa en donde, bajo la custodia de los ángeles llenos de amor, se hallan recogidos una porción de huérfanos?

¿Es á esa familia á la que visita la desgracia, y á quien la vergüenza de manifestarse desgraciada la mantiene escondida?

¿Es á esos hijos de los pobres, á quienes un ligero socorro procuraría la instrucción religiosa y el conocimiento de sus deberes?

—Son muy hermosas estas limosnas porque las hacéis á mis hijos, y en el Evangelio he dicho: «Lo que hagáis al más pequeño de los míos, á *Mí lo habéis hecho.*» Ellas son útiles á tu alma, á la que procuran el céntuplo en gracias, en bendiciones, en protección especial, en amor. Pero hay una limosna más hermosa porque me toca más directamente.

—Ya lo comprendo, ¡oh Jesús!: es la limosna hecha al santuario, en el que permanecéis realmente como el pobre en su choza, como el enfermo en su lecho. Es el dinero que se da para el embellecimiento del tabernáculo, para la compra de los vasos sagrados. Es el tiempo empleado en adornar con mis mismas manos vuestro santuario. Es el trabajo que procura para el sacerdote la vestidura de que se reviste para el Santo Sacrificio y los bordados que visten el altar.

—Sí, es hermosa la obra de los tabernácu-

los; pero hay otra todavía más hermosa. Es la del que *me da un sacerdote.*

Un sacerdote es tanto como tener á los pobres aliviados; los ignorantes instruídos, los pecadores reconciliados, la Misa celebrada, el mundo conservado. Darme un sacerdote es hacerme la limosna más preciosa; es dar una limosna al mundo entero, al Cielo, al Purgatorio, porque el sacerdote es Dios.



¿No es verdad que jamás hemos pensado en dar esta limosna á Jesucristo?

Hay en cada diócesis un rincón de tierra bendita, en donde en la paz y en el silencio, abrigados por altas murallas y viviendo en la familiaridad de Jesucristo, crecen las almas á quienes Dios predestinó desde toda la eternidad para ser sacerdotes.

¿Cómo han ido allá estas almas? ¿Cómo han sido escogidas? Apenas lo saben ellas mismas; y si les preguntáis por qué encadenamiento de sucesos se ha decidido su vocación, os responderán sencillamente: Hay mi-

lagros en nuestra vida, milagros para llamarnos, milagros para preservarnos, milagros para purificarnos, milagros para conservarnos.

Estas casas se llaman *Seminarios*, dulce denominación que nos recuerda esa parte de terreno especialmente escogida y abrigada, donde el jardinero hace crecer sus más delicadas plantas.

Para estas casas de Jesucristo, para estos Seminarios, esperanza y amor de la Iglesia, venimos á pedirnos una limosna.

El dichoso seminarista que, bajo el manto del Sagrado Corazón de Jesús, se forma para la ciencia y la virtud, vive sin cuidado de las cosas materiales; sabe que Dios le alimentará como alimenta á los pajarillos; que Dios le vestirá como viste á los lirios del campo. Y con razón: Jesús no lo abandonaría; pero es por medio de vosotras, almas piadosas, por quienes Jesucristo quiere alimentarlos y vestirlos; es Él quien viene á pedirnos una limosna para ellos.

¡Oh! Si Jesús pudiese Él mismo ser limosnero, ¡con qué gusto lo haría!

—35—

Vosotros, en cuyas arcas ha puesto Dios en depósito una gran parte de los bienes de la tierra; vosotros, que socorréis á los pobres, á las familias, á las iglesias, dad á los Seminarios, que quizá bien pronto carecerán de todo.

Buscad en vuestra imaginación, buscad en vuestro corazón, que la Sagrada Eucaristía ha hecho tan ingenioso para las cosas del Cielo, y no encontraréis una limosna más hermosa, más agradable á Dios, más fructuosa para las almas, más útil para la sociedad, que la limosna que sirve para hacer un sacerdote. ¿Acaso no es ella el germen de todas las limosnas que se harán después?

¡Oh, si pudiéramos deciros hoy lo que es un sacerdote, el bien que puede hacer un sacerdote, la perpetuidad de este bien, la inmensidad de este bien!

Lo que nosotros no podemos deciros, id á

preguntarlo á Jesús en la Eucaristía; no os retiraréis del tabernáculo después de haber preguntado á Jesucristo: ¿Qué es un sacerdote?, sin enviar al momento una *limosna para hacer sacerdotes*.

XXXVII

Sé el hombre de Dios.

Joven que entras en la vida, alma ardiente y generosa que aspiras á sacrificar, y que sueñas, en tu brillante imaginación, con situaciones en que podrías manifestarte grande, hermoso, heroico.—¿Quieres hallar un alimento á esos deseos tan ardientes de tu corazón?—Sé el hombre de Dios.

En cada mañana, cuando delante de ti se abre ese campo de trabajo que se llama *un día*, y en el que se debe ejercitar tu actividad pregúntate sencilla pero resueltamente: ¿Puede Dios contar conmigo?

Es indudable que tú tienes necesidad de Dios; pero Dios también, en cierto modo, tie-

ne necesidad de ti. Dios te hace el honor á ti, pobre criatura, de emplearte en su servicio; para eso te ha creado, te ha dado las facultades que posees y te ha colocado en el medio en que vives.

Está orgulloso, ¡oh noble corazón!, orgulloso de esa elección de Dios, y lleva bien la librea de Cristo tu maestro.

I

¿Puede Dios contar contigo para hacerse conocer?

Tú pides todos los días en el Padrenuestro que venga á nos el reino del Señor; ciertamente, á Dios no faltan los medios para extender su reinado y hacer que su nombre sea conocido; pero quiere que hoy seas tú el que, entre las personas con quienes vives, extiendas este reinado.

Tú puedes y debes hacerlo por medio de la oración hecha directamente con este objeto. ¡Oh Dios mío! Dadme ocasión de hablar de Vos; héme aquí, estoy listo, enviadme.

Tú puedes y debes hacerlo por tu actividad y tu palabra. Un día pasado sin hablar á alguien de Dios, es un día que debe dejar remordimientos. El comisionista de un comercio, si no ha hecho algún negocio en el día, se pone solamente triste; pero si por su pereza, por su negligencia, por su temor ridículo, no ha procurado interesar al comprador, es culpable. ¿No somos nosotros los comisionados del buen Dios?

Dí al pobre á quien das una limosna: *Sea bueno, y ruegue á Dios.*—Dí á aquel que te refiere sus penas: *¡Ánimo! Dios no le abandonará si le pide.*—Dí á aquel que te reclama consejo: *¿Ha pedido Ud. ya á Dios?*—Dí á aquel en cuyas manos veas un libro ó una hoja impía ó licenciosa: *No leas eso; un alma pura no lo leería.*—Dí al amigo íntimo que te visita: *¿No es verdad que Dios es bueno?* Y si la ocasión se presenta, llévale sencillamente á hacer una visita á Jesús en su tabernáculo.

Tú puedes y debes hacerlo con el ejemplo. Sé firme para cumplir con tu deber. Entra en la iglesia para oír Misa los domingos por el camino más corto y más visible. No rodees; los caminos tortuosos desagradan al Señor. No vaciles, porque si te dejas ganar, aunque sea muy poco, por el miedo, se te impondrá, te dominará, hará de ti el juguete del respeto humano.

Haz con valor, pero con sencillez, la señal de la cruz antes de la comida; saluda respetuosamente cuando pases delante de una iglesia ó cuando encuentres algún sacerdote. No seas dominante, pero defiende tu fe con paz, con calma, como una cosa natural.

Está seguro de que, obrando así, ahogará muchas sonrisas y producirás pensamientos fuertes y generosos, que germinarán en las almas, y tarde ó temprano darán sus frutos. *El bien* con más razón que el mal tiene un poderoso atractivo.

2

¿Dios puede contar contigo para defenderse?—¡Oh, defender á Dios! ¡Qué hermosura y qué santa misión!

Lee en la historia de la caballería ese juramento que hacían los caballeros de proteger, aun á costa de la vida, á los abandonados, á los huérfanos, á los proscritos. ¿Y qué? ¿Dios no es ahora el abandonado, el proscrito? ¿Y ese juramento de renunciar al mundo y al demonio, los enemigos de Dios, y de unirse á Dios para siempre hecho en el bautismo, renovado en el día de la primera Comunión, y acaso muchas otras veces, después no habrá de ser más que una palabra vana y no interesará al honor tanto como al juramento de un caballero?

Estudia la religión para responder á los ataques de lo. incrédulos.

El caballero consagraba muchas horas al día para preparar sus armas; el cristiano debe consagrar al menos algunas horas cada se-

mana á leer libros que le enseñen á defender á su Dios...

Y esperando la hora del combate, detén al blasfemo con la palabra si tu edad y tu posición lo permiten, con tu silencio y con el rubor de tu frente si no puedes hablar; y si se te pregunta el porqué de esa nube de amargura, responde con entereza: «Me habéis herido blasfemando de Jesucristo.»

—e—

Baste por ahora... Joven que entras en la vida con alma ardiente y generosa, que aspiras á sacrificar te: sé el hombre de Dios, el hombre con quien Dios puede contar.

XXXVIII

A mis hermanos los pobres de Jesucristo.

¡Venid á mí!... Dulce y fortificante palabra para mi pobre corazón la que acabo de oír.

Hay, pues, alguno que piensa en mí, que se interesa por mí, que me quiere cerca de sí.

¿Quién sois vos que me llamáis?

A través de las lágrimas que velan mis ojos os reconozco, ó más bien dicho os adivino, ¡oh Señor mío Jesucristo!

No hay quien así llame á los pobres, á los abandonados, á los que sufren, sino Vos. No hay quien los ame y sepa consolarlos sino Vos. ¡Oh, gracias, gracias, mi buen Jesús! Oigo vuestra voz, héme aquí.



Para comprender un dolor es necesario haberlo experimentado en sí mismo, y para aliviarlo es necesario amar á quien este dolor agobia. ¡Ninguno ha sentido más que Vos; ¡oh Jesús!, lo que la pobreza tiene de más rudo, humillante y penoso; ninguno ha amado más que Vos á los pobres y la pobreza!

Al haceros hombre, Vos, Señor soberano, habríais podido poseer todas las riquezas del mundo, y, sin embargo, habéis querido nacer tan pobre que no habéis tenido una cuna para que reposaran vuestros miembros delicados, y sólo la paja de un establo contra el frío

de la noche que protegiese vuestro cuerpo, ya paciente.

Y cuando habéis crecido, ¡oh, Señor!, en gracia y en sabiduría, habéis quedado siempre pobre.

Vuestra infancia pasó en medio de las privaciones y del trabajo.

Hijo de un obrero á los ojos del mundo, y obrero Vos mismo, habéis pasado treinta años en estos trabajos que debían procuraros el pan cotidiano; treinta años de vida humilde, laboriosa, penosa muchas veces, porque habéis querido que vuestra pobreza fuese verdaderamente real, y llena por eso de dificultades.

Ninguno dejó de verla cuando comenzasteis la predicación de vuestro Evangelio, y los fariseos, al oiros, admirados de vuestra sabiduría se decían: «¿No es éste el hijo del carpintero?»

Y cuando anunciasteis vuestra doctrina, las primeras palabras que salieron de vuestros labios proclamaron la bienaventuranza

de la pobreza. « ¡ Dichosos,— dijisteis,— bien-aventurados los pobres! »

Y cuando quisisteis enseñar el camino de la más alta virtud, ¿no es la pobreza la que pusisteis por principio? Si queréis ser perfecto, ve y vende todo.— Si queréis poseer un tesoro en el Cielo, dad todo lo que tenéis.— Aquel que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Fueron también los pobres los primeros que escogisteis para salvar al mundo con Vos.

Y ellos son pobres también; se han hecho pobres los que en la continuación de los siglos quieren amaros más que los demás y unirse á Vos. Fortuna, honor, belleza, alegría, ellos arrojan todas estas cosas como un fardo inútil al pie de la cruz, sobre la que os habéis mostrado á ellos en la última de las pobreza, desnudo, miserable, abandonado de todos. El mundo los llama locos; pero ellos, llenos de alegría por asemejarse á Vos, exclaman: « ¡ Oh santa, divina pobreza! »

¡ Oh pobres, ¡ oh hermanos míos!, si supieseis la gracia que Dios os ha hecho no imponiéndooos ese fardo de las riquezas que parecen tan envidiable muchas veces!

¡ Si supieseis las disensiones de que ellas son causa, los odios entre amigos ó hermanos que á menudo engendran!

¡ Si supieseis lo que es el sufrimiento de un ser hastiado que no goza con nada porque todo lo tiene en abundancia!

¡ Si supieseis el abandono, la soledad del corazón de aquellos á quienes se trata sólo porque tienen dinero, y que conocen muy bien que entre esa multitud solícita no encontrarían quizás un corazón en que apoyarse si una desgracia viniese á alterar su posición!

¡ Si conocieseis las crueles decepciones de las ambiciones que suscita á menudo la fortuna, y que jamás se ven completamente satisfechas!

¡ Si supieseis cuántas dificultades para santificarse tiene el rico en medio de las vanidades del mundo!

¡Si conocieseis la fuerza de las ligaduras que los atan, y con qué trabajo pueden desprenderse de ellas cuando Dios les pide un sacrificio, ó cuando llega la hora suprema en que hay que dejarlo todo!

¡Si conocieseis, sobre todo, la cuenta terrible que Dios les pedirá un día sobre el modo con que las riquezas han sido adquiridas, y sobre el modo con que han sido empleadas!

¡Oh, pobres!, ¡oh, hermanos míos!, no os quejaríais y os juzgaríais dichosos.

¡Dichosos!... ¿Queréis serlo? Permaneced fieles á Dios. Decid más piadosamente que todos el Padrenuestro, que da tanta paz y que parece haberse hecho más para los pobres que para los demás. Decid con piedad el Ave María, que os hará sentir la protección maternal de la Madre de Jesús.

Resignaos y tened confianza en que Dios es bueno, infinitamente bueno, que os prueba, os ama también infinitamente, y os consola-

rá un día con tanto más amor cuanto más hayáis sufrido.

No miréis con saña el bien del rico, porque es Dios quien ha permitido que él tenga de sobra, y que permite también, para que haya igualdad en el mundo, que tenga sus dolores amargos, profundos, tanto más punzantes cuanto más desea alejárselos.

Trabajad con valor sabiendo que el trabajo es santo, que él regenera y engrandece, y que en este mundo sólo hay una cosa despreciable: el vicio.

Amad, en fin, y servid á Jesucristo, que primero os amó más que nadie, y que al llamaros bienaventurados añadió para todos, para los ricos y para los pobres, una palabra que antes de que Él la dijera nadie la había sospechado siquiera: «Amáos los unos á los otros.»

¡Oh, Señor! Que así sea.

XXXIX

¡Pobres niños!

Es un hombre de mundo el que nos escribe esta página.

En una de esas casas abiertas á todo transeunte, en donde incautamente me había metido una tarde, vi venir dos niñas pequeñas: entre las dos apenas formarían veintitrés años.

Una de ellas traía una guitarra vieja, y ambas, pálidas y demacradas, cantaban. Jamás adivinaríais lo que cantaban con melancólica y dulce voz. ¿Canciones sentimentales? No. ¿Romances guerreros? Tampoco.

Estas dos niñas, de diez á trece años, cantaban coplas que me hicieron subir los colores al rostro. Y cada copla era acogida con sonrisas significativas, que producían algunos sueldos.

Tuve compasión de ellas, y cuando hubieron acabado de cantar, y después de algunos minutos,—los demás las olvidaron completamente, como se olvida un instrumento que ya no sirve,—las llamé á parte.

—Qué, ¿no sabéis otras canciones?

—Oh, sí, todavía sabemos muchas otras.

Y entonces me recitaron versos más malos, si cabe, que los primeros, y esto con una frescura que no me atrevo á llamar inocente.

Un sentimiento de vergüenza se apoderó de mí, y dije á la mayor con seriedad:

—Te voy á contar una historieta, y luego te daré algunos sueldos.

—Está bien,—me dijo.

Y se puso en pie con la curiosidad de un niño.

Entonces comencé:

—Eran dos niñas y una anciana.

La anciana, que era hechicera, las encontró una vez por el camino que sale de la aldea, á eso del medio día, en uno del mes de Agosto.

—Niñas,—les dijo:—en la fuente que co-

rre allá abajo hay un agua muy fresca; id á traerme una poca.

Una de las niñas hizo un gesto desdeñoso; pero la otra fué á sacar el agua en la cavidad de sus manos como en una copa de nácar, y la llevó á la anciana,

—Tú has sido buena,—le dijo la hechicera;—pues bien, cada vez que hables correrán de tus labios, como de una fuente virgen é inagotable, diamantes y perlas.

Tu hermana ha sido egoísta, y por eso, cada vez que hable, saldrán de su boca sapos y culebras.

Y así sucedió.

Durante todo el tiempo que hablé, mis ojos no se separaron de la mayor de estas niñas; y habiendo observado una ligera turbación, continué.



—¡Oh, niña! ¿Qué mala acción habrás cometido, tú que aún eres tan joven, para que te salgan de los labios, cuando cantas, cosas horribles y asquerosas, y no perlas finas?

Por vez primera comprendió algo; se avergonzó, y bajando tristemente la cabeza, dijo:

—Mi madre me ha pegado para que aprenda estas canciones.

—¿Y también á tu hermana?—le repliqué.

—Esta no es mi hermana; es la hija de una vecina del granero en donde duermo. Ella está enferma, su madre le pega cuando por la tarde no vuelve con algunos sueldos; yo la traigo para que gane su vida conmigo, y nos dividimos los sueldos sin que nadie lo sepa.

¿Cuál era, pues, el ángel del Cielo que, en medio de la corrupción acumulada por la madre en el alma de su pequeña hija, había conservado en esta alma, como una brasa entre la ceniza, la virtud de la caridad?

—Y si yo os enseñase á las dos otras canciones, ¿las cantaríais con gusto?

—¡Oh, sí!—me dijeron.—Estas no están bien en mi boca,—añadió la mayor;—yo conozco que son feas, y no sé por qué.

¡Queridas y buenas almas á quienes Dios mismo había guardado!

—¿Y si yo os enseñase oraciones?

Abrieron mucho sus ojos, como para decirme: «¿Qué son oraciones?»



Había dos almas que salvar; les di las señas de mi casa, y las cité para el día siguiente.

La Conferencia de San Vicente de Paúl dió una pensión á la madre, y mis dos protegidas fueron colocadas en un colegio, en donde las buenas Hermanas les enseñaron á rogar á Dios y á cantar piadosas canciones.



El que me había contado esas cosas añadió: ¡Cuán bueno es Dios, y cuán paternal es su providencia! Esas dos niñas, que no habían ido sino á buscar algunos sueldos, encontraron la salvación de su alma.

Y yo, que también había ido allí por no tener en qué ocuparme, ¡oh qué dichoso fui y cuánto agradecí en la noche á mi buen Señor, por haberse servido de mí para llevarle estas almas!

Desde ese día añado todas las mañanas á

mi oración esta palabra: ¡Dios mío, permíteme seros útil; dignaos serviros de mí!



He aquí un gran pensamiento: Puesto que Dios en su bondad quiere tener necesidad de nosotros para la salvación de las almas, ¿por qué en la mañana no nos ofrecemos á Él, como un comisionista se ofrece en los almacenes en busca de trabajo, y le decimos sencillamente: Heme aquí, Dios mío, enviadme?

XL

¿Quién tiene la culpa?

El anciano cura entra llanamente en la morada de uno de sus feligreses. Sabe que hay sufrimiento y dolor bajo aquel techo, y el sufrimiento atrae al sacerdote como el placer al hombre mundano.

El marido está asomado á la ventana; fuma, y su mirada vaga en el vacío.

La mujer está sentada en su sitio ordinario, pero no trabaja; llora.

—Tenéis muy tristes las caras; ¿qué es lo que hay hoy?—preguntó el sacerdote.

—Siempre la misma cosa que la última vez que vinisteis, señor cura, y peor aún.

—Vuestro hijo, ¿no es verdad?

—Sí, él, siempre él; le han despedido del taller; es ya la tercera vez.

—¿Y vosotros no habéis podido corregirle?

—¿Corregirle?... ¡Ah!—respondió suspirando la madre.—¡Si vieseis cómo se ríe de lo que se le dice!... Oye un momento, alza los hombros y se va para volver cuando le place.

—Pero veamos, mis buenos amigos: ¿habéis sido vosotros así con vuestros padres?

—¿Nosotros?—replicó el padre bañado en lágrimas.—¡Ah! ¡Si yo hubiese hecho llorar á mi madre!... En la familia, cuando el padre hablaba, no había más que ver...

—Aun otra pregunta, mi pobre Juan: ¿vuestro Luis reza?

—¿Él?... ¡Desgraciado! Apenas sabe hacer la señal de la cruz.

—¿Y vosotros la hacíais á su edad?

—Bien sabéis que sí, señor cura; con unos padres como los nuestros, era indispensable cumplir cada uno con su deber. El domingo nos hacían ir delante de ellos á Misa, y por la tarde... mirad: delante de esta imagen nos poníamos de rodillas. Pobre padre, pobre madre, ¡nosotros los amábamos tanto! ¡Los obedecíamos con tanto gusto! Y él...

—Y bien, amigo mío, —repuso el sacerdote, apretándole fuertemente la mano:— ¿comprendéis lo que acabáis de decirme? Vosotros obedecisteis á vuestros padres porque os hacían obedecer á Dios; vosotros amasteis á vuestros padres porque os enseñaban á amar á Dios. ¿Os acordáis de que más de una vez os he dicho: «Vosotros dejáis que vuestro hijo falte á la Misa y al Catecismo: vosotros le en viáis á una escuela en donde jamás se le habla de Dios; tened cuidado... ¡Os hará llorar! ¿Me engañé?

¡Ah, mis buenos amigos! Habéis dejado ambos vuestras oraciones; habéis dejado vivir á vuestro hijo en el olvido de Dios, os habéis olvidado de Dios; pues bien, Dios se ha ido de vuestra casa, y cuando Dios se va de un alma ó de una morada, se lleva sus bienes, que son: la paz, la unión, la obediencia y la alegría.



Esta página ¿no será provechosamente leída en el seno de muchas familias?

Y á esas madres que gimen tan dolorosamente por la mala conducta de sus hijos, por su insensibilidad y su ingratitude, no será justo decirles: *¿Quién tiene la culpa?*

¡Ah! Vosotras habéis dejado debilitarse, casi extinguirse, en el alma de vuestros hijos la fe que les dió el bautismo; esa fe que les mostraba á Dios hablando por vuestros labios; á Dios, á quien debían respetar y amar en vosotras; á Dios, á quien obedecían cuando os obedecían..., y ellos no han visto en vosotros, desgraciados padres, y madres más desgraciadas aún, sino seres obligados á so-

portar sus caprichos y á procurarles todos sus placeres, y contra los que tienen derecho á rebelarse si encuentran resistencia á sus caprichos.

Habéis dejado extinguir esa fe que había puesto en su alma como un instinto divino, empujándolos hacia la piedad, la inocencia, la sumisión..., y en su lugar ha venido el instinto de la insumisión, de la hipocresía, de la independencia.

Habéis cesado de dar á vuestros hijos, á esos hijos que se forman, sobre todo, por lo que ven hacer, el ejemplo de una vida cristiana. Ellos nunca os ven de rodillas, llamándolos cerca de vosotros, orando con ellos y por ellos. Ellos os han oído hablar de las leyes de la Iglesia, si no con desprecio, al menos con ligereza; os han visto violar sus leyes sin temor y sonreír á las conversaciones burlescas que se platicaban delante de vosotros acerca de Dios, de su justicia, de su providencia, de sus milagros..., y he aquí que ellos se han abstraído á vuestra autoridad,